

Reminiscencias goetheanas

LA NIEVE

JOHANNA SCHOPENHAUER

TRAD., INTRODUCCIÓN Y POSTFACIO DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS PERIFÉRICA. CÁCERES, 2007 204 PÁGINAS, 15 EUROS



LA NOSTALGIA DEL PUEBLO ALEMÁN

POR LO ITALIANO, EN UNA NARRACIÓN ESCRITA POR LA MADRE DEL FILÓSOFO ARTHUR SCHOPENHAUER

PABLO D'ORS

He disfrutado mucho de la lectura de esta novela, tanto por el primor con que está escrita como por el tema de fondo, que más que las aventuras de salón, más o menos decadentes, que relata, es el de la nostalgia del pueblo alemán por todo lo italiano, símbolo de cultura y luminosidad. En cada página de esta narración late ese inconfundible y germánico gusto por Italia que Goethe, con quien la autora de *La nieve* estuvo relacionada, quiso imponer e impulsó a sus connacionales.

La nieve, publicada por primera vez en 1825, es un ejercicio de estilo. Johanna Schopenhauer (1766-1838), de quien hoy nada se sabría de no haber sido la madre del célebre filósofo, muestra en ella no sólo su consumado oficio, sino algo que, sin temor a exagerar, calificaría de talento. Muchos de los episodios, sin ser trepidantes, tienen ese *marchamo* que impulsa a seguir leyendo. La escenografía, por otra parte, crea atmósfera (en particular la de los Alpes); y poco importa que, como se nos advierte en la introducción, la trama y hasta los personajes no sean sino trasposiciones, más o menos sublimadas, de la experiencia de la escritora, aficionada a reunir a la crema y nata artística de su tiempo en su propia casa. Una mirada crítica diría que todas las figuras son estereotipos más o menos acartonados, en particular los dos amantes: Marie y Viktor. Ella es la desdichada y bella extranjera, proveniente del norte, como no podía ser menos. Él: un jovencito enamorado del arte y de la belleza, exaltado y soñador: un nuevo Werther, es obvio.

Pero también el conde hace dúptico con Viktor: el primero –más viejo– representa la responsabilidad y el deber, quedando para el segundo –casi un adolescente–, el ideal y la libertad. Sin embargo, si se acepta la impronta romántica del relato, y si el lector se prepara para el trágico desenlace que, en esta lógica, era de esperar, la historia funciona y, lo que es más importante, deja imágenes en el hondón. Merecen leerse con tanto detenimiento (o más) que la propia novela los textos de Luis Fernando Moreno Claros, que Periférica nos ofrece inteligentemente como aperitivo y postre al gran plato de la ficción. El relato que ahí leemos sobre las turbulentas relaciones entre la madre escritora y su hijo, Arthur Schopenhauer (1788-1861), es colosal; y hasta ha llegado a tentarme como posible argumento de novela. ■



UN MUNDO EN ESTADO DE METÁFORA

ES EL TERRITORIO QUE RECORRE STASIUK EN ESTA OBRA. ARRIBA, EL ESCRITOR POLACO



WYDAWNICTWO CZARNE

PAÍSES AUXILIARES DEL CORAZÓN

DE CAMINO A BABADAG

ANDRZEJ STASIUK

TRADUCCIÓN DE ALFONSO CAZENAVE ACANTILADO. BARCELONA, 2008 312 PÁGINAS, 24 EUROS

MERCEDES MONMANY

Hay una obra del gran escritor húngaro de nuestros días, Peter Esterhazy, que se llama *Los verbos auxiliares del corazón*. El libro reciente de otro de los más notables talentos surgidos del antiguo Telón de Acero, el polaco Andrzej Stasiuk (Varsovia, 1960), *De camino a Babadag*, bien podría titularse «Los países auxiliares del corazón». Un libro o caja melancólica de sorpresas y derrotas, venida directamente del centro y del Este de Europa, que de nuevo está repleta de ironía y de una sutil y afilada poesía metafísica y finisecular. Brillantísimo paseo por lo más profundo y desconocido de los recovecos europeos. El

desencantado talento posmoderno y antisistema de Stasiuk ha compuesto una especie de lacónica epopeya paisajística y humana, una especie de anti-*Danubio* de Magris, una obra donde la cultura, la Historia y las tragedias de los pueblos aún tenían un orden y un sentido.

PUEBLOS DE RESERVA. En el caso de estos pequeños «países auxiliares», o también «países invidentes», como los llama Stasiuk, que no son otros en su libro que «las naciones de segunda fila, los pueblos de reserva», toda medida formal y convencional, la que mide a «los otros» europeos, salta por los aires. Olvidados, secularmente atrasados, saqueados, todo los empuja a una especie de nada inexistente y de somnolencia. Lugares en los que el tiempo meteorológico, como si se tratara de «la religión más antigua» que los une a todos, reina del mismo modo en la Meseta de Transilvania, en la pro-

vincia de Maramures, en el Banato rumano de raíces germánicas, en el distrito de Sinistra, en los Cárpatos y en Transcarpatia, en la Meseta Checo-Morava, en la Gran Llanura Húngara y la Llanura Rumana, o en los pedazos desgajados de los de por sí desgajados y continuamente multifragmentados Balcanes.

Vagando sin rumbo fijo, o como mucho caprichoso, devoto de los azares y de una predestinación que desprecia las servidumbres obligadas de las huellas de la Gran Cultura europea, así como los azotes y el absurdo sin tregua de una Historia que se ha cebado cruelmente en estos lares, de forma incomprensible para la gran parte de los occidentales, Stasiuk, poeta, novelista y crítico literario, que ha acuñado con el tiempo un estilo inconfundible, tiene predilección, como ya se comprobó en libros de culto como *Mi Europa* (Acantilado), escrito en colaboración con el escritor ucraniano Yuri Andru-